

## CAPÍTULO 1

### UN PUEBLO EN LA SIERRA

JULIO DE 1936. Madrid estaba inusualmente tranquilo aquella mañana de domingo en que las chicas partieron de la ciudad en dirección a la Sierra de Gredos. Tal vez los trágicos acontecimientos acaecidos solo unas semanas atrás tenían la culpa de esa calma y de ese silencio. Había un aire palpable de incertidumbre flotando sobre Madrid, una inquietud extraña y fantasmagórica que parecía envolver a la ciudad igual que un sudario. El jefe de policía socialista, el teniente Castillo, había sido asesinado. Sus compañeros de la policía llevaron rápidamente a cabo una venganza despiadada contra los supuestos organizadores de derechas del asesinato. Como represalia, Calvo Sotelo, el prominente político conservador, había sido secuestrado en su casa y cruelmente asesinado. Ambos desfiles funerarios provocaron a su paso por las calles de la ciudad docenas de manifestaciones, tanto de los partidos de derechas como de los de izquierdas. Hubo escaramuzas en los puntos en los que los manifestantes de ideologías opuestas se encontraron.

Según se iba deteriorando la situación política en España, la gente empezó a creer que haría falta un milagro para evitar que esta serie de acontecimientos terminase en desgracia. Tenían razón al temer la llegada de ese inminente desastre. La Guerra Civil, con todas sus horripilantes consecuencias, estaba solo a unas semanas de estallar.

La República Española se había proclamado el 14 de abril de 1931, tras la deposición del rey Alfonso XIII. La existencia de la República fue precaria desde el principio, ya que estuvo siempre amenazada por conflictos incipientes entre varias de las facciones tanto de la derecha como de la izquierda. Muchos de los problemas de España se originaban en la gran desigualdad que había, tanto en lo referente a las riquezas como en quién ostentaba la posesión de la tierra. Había zonas de España (Andalucía y Extremadura sobre todo), en las que la práctica totalidad de la tierra y de las riquezas estaba en manos de unas pocas familias y los campesinos vivían apenas mejor que los animales, sin esperanza alguna de mejorar sus condiciones de vida ni las de sus descendientes. A pesar del hecho de que la República era un gobierno laico, la Iglesia Católica ejercía una fuerte influencia sobre la sociedad, y en muchos pueblos eran los terratenientes de turno y el cura los que estaban mejor alimentados.

En las ciudades industriales y mineras, había varios sindicatos que estaban en constante conflicto por el control de la lealtad de los trabajadores. Las huelgas eran habituales y a menudo eran contenidas con violencia. La represión más violenta de entre ellas fue la emprendida contra la región minera de Asturias en 1934. Unos mineros huelguistas llevaron a cabo una insurrección obrera y ocuparon la capital, Oviedo, durante dos semanas. Se envió al ejército contra ellos, bajo el mando del general Francisco Franco. Franco sofocó brutalmente la rebelión, destruyendo gran parte de la ciudad en el proceso. Otros levantamientos obreros en España corrieron destinos similares.

Hubo intentos de acometer una reforma agraria, pero la puesta en vigor de una reforma estructural a gran escala fracasó. Como resultado de este fracaso, y del de las huelgas de los trabajadores en mejorar las condiciones de los jornaleros, los partidos de izquierdas empezaron a mirar hacia plataformas más radicales. Como reacción a esto, los partidos conservadores se fueron yendo cada vez más y más hacia la derecha.

Como resultado, el centro moderado comenzó a desaparecer mientras el país quedaba casi totalmente polarizado en derecha e izquierda.

Las elecciones de enero de 1936 dieron como resultado la llegada al poder del gobierno del Frente Popular, una inverosímil coalición de socialistas, comunistas y lo que quedaba de los partidos catalanes y madrileños de la izquierda moderada. Durante los meses siguientes, la violencia entre los conservadores y los progresistas fue en aumento en las calles de Madrid y de otras ciudades españolas. Como resultado de esta agitación, e inspirados por los partidos fascistas de Hitler y Mussolini, surgió el partido de Falange Española, que se convirtió en un imán para los grupos de derecha más reaccionarios que deseaban recuperar el pasado de España y deshacer las reformas que habían sido posibles bajo la República. También atrajo a todos aquellos a quienes fascinaban las ideologías fascistas de Hitler y Mussolini. Entre aquellos a quienes más atraía la Falange estaba el General Franco, que por entonces había sido enviado de vuelta a los territorios españoles en Marruecos, con la esperanza de que en medio de ese relativo aislamiento, resultase inofensivo.

Ese verano, a principios de julio, la situación de España alcanzó su punto álgido de tensión.

Aquí es donde comienza la narrativa de Isa, cuando, en medio del tumulto y la agitación que afectaba al país entero, ella viaja al pequeño pueblo de la sierra donde piensa pasar sus vacaciones veraniegas.

\* \* \*

**P**OCO después de atravesar el paso entre las montañas, las diminutas casas del pueblo aparecieron frente a mis ojos, encogidas contra la ladera de la colina y empequeñecidas por la alta torre de la antiquísima iglesia del pueblo, que se elevaba muy por encima de los tejados de

las casas que la rodeaban. El pueblo tenía un nombre raro. Se llamaba Pedro Bernardo. Había cambiado poco desde los tiempos en que se veía al legendario Cid rondando por esas tierras.

Yo le había preguntado varias veces a mi padre, durante nuestras anteriores vacaciones por allí, quién era Pedro Bernardo. Él había estado preguntando por el pueblo, pero nadie lo sabía con seguridad. La leyenda más recurrente, que se contaba con muy pocos o ningún detalle que la apoyara y de forma ligeramente diferente con cada habitante del pueblo que la contaba, era que él había sido un valiente caballero que había cabalgado junto al Cid. Nunca conseguimos confirmarlo, pero a mí me gustaba creer en esa leyenda. Todavía me gusta.

Las casas de Pedro Bernardo eran muy viejas. Las viviendas ruinosas y torcidas se habían construido hacía tiempo usando la piedra color sepia de una cantera cercana. Las casas parecían estar apretándose unas contra otras para protegerse de los inclementes vientos de la sierra. En un rincón de la plaza del pueblo, acurrucada entre los altos olmos y chopos, y rodeada por una tapia en proceso de desmoronarse, estaba la pensión.

La estancia más grande de la pensión era el comedor, con un suelo de baldosas rojas. No tenía alfombras, y tampoco muchos muebles, aparte de una enorme mesa de comedor con sus sillas, pero por todas partes había unos grandes jarrones llenos de flores frescas. Unas enormes vigas de roble, oscurecidas por siglos de humo y cera de velas, recorrían el techo de punta a punta. Las paredes estaban cubiertas por unos retratos antiguos y ajados, y había una gran chimenea, tanto como para poder asar un buey en ella, con unos troncos fríos y polvorientos, en la esquina más alejada de la sala. Los troncos estaban listos a la espera de ser encendidos de nuevo en cuanto los fríos vientos de la sierra empezaran a soplar en el otoño. Los dormitorios estaban en el segundo piso. Desde las ventanas, podíamos ver el pueblo

apiñado al pie de la montaña. En mañanas límpidas como el cristal podíamos ver la antigua y noble villa de Talavera de la Reina asomando por el horizonte.

Las higueras en flor proporcionaban un dosel de follaje verde sobre la entrada delantera de la pensión. Había un patio adoquinado en la parte trasera que miraba hacia las montañas por un lado y hacia las casas del pueblo descoloridas por el sol por el otro. Detrás del patio había un huerto de árboles frutales al que se accedía por un arco de piedra con un escudo medieval de armas, que se cerraba con unas enormes puertas de hierro.

Acabábamos de llegar de Madrid para pasar allí nuestras vacaciones de verano. Junto a mi hermana pequeña Nuria y a mi mejor amiga, Carmen, venía también mi padre. Igual que yo, Carmen tenía quince años. Nuria era dos años menor, pero estaba adelantada para su edad.

Habíamos partido de Madrid esa mañana temprano, justo después de amanecer. Mamá no compartía el entusiasmo de mi padre por pasar tiempo al aire libre, así que no nos había acompañado. Iba a quedarse en nuestra casa de Madrid, cerca de la Puerta de Alcalá, esperando nuestro regreso. Aunque solo íbamos a estar dos semanas fuera, ella no pudo evitar que su bello rostro exhibiera un gesto de preocupación cuando nos besaba y abrazaba al despedirnos. El coche de mi padre nos esperaba en la puerta delantera, y el conductor se afanaba en meter el equipaje en el maletero del coche y en atarlo a la baca del techo.

Mamá me abrazó extra fuerte esa mañana al decirme adiós.

—Prométeme que tendrás cuidado —me dijo.

—¿Cuidado con qué, mamá?

Yo era demasiado joven para entender del todo la inestabilidad política que afectaba a la capital. Ella no quiso asustarme y cambió de tema rápidamente.

—Vas a pasártelo estupendamente en las montañas con tu padre, como siempre, y yo estaré esperando a que vuelvas y me cuentes todas tus aventuras.

Ella no pretendía que yo escuchase las palabras que le susurró a mi padre «Por favor, ten cuidado, vigila a las niñas y por favor, prométeme que volveréis a casa de inmediato si hay algún problema». Papá contestó que por supuesto que lo haría y allá que nos fuimos, de vacaciones.

Salimos de Madrid y condujimos hacia el noroeste, en dirección a las montañas. ¡Qué bonita se veía la Sierra de Gredos allá a lo lejos en la distancia! Pronto llegamos a la provincia de Ávila y cogimos velocidad de camino a la sierra, con el aroma fresco del tomillo, el romero y una docena de otras hierbas aromáticas perfumando el límpido aire de las montañas a nuestro alrededor. Sus cimas tenían nieve todavía, contrastando fuertemente con el azul brillante del cielo veraniego. Vimos bandadas de perdices y de faisanes refugiándose de los intensos rayos del sol debajo de los matorrales de mimosa color amarillo azufre que cubrían los campos.

Nuestro automóvil subió zigzagueando por la tortuosa carretera y pronto estuvimos en Pedro Bernardo. Pasamos junto a la iglesia, atravesamos la plaza y llegamos a la entrada de la posada. Como cada verano desde que yo era capaz de recordar, el mejor amigo de mi padre, Rafael Romero, estaba allí para recibirnos en la puerta principal, flanqueado por sus dos enormes perros de caza. Era alto, esbelto y guapo, con un porte aristocrático. Yo llevaba toda mi joven vida enamorada de Don Rafael como solo pueden hacerlo las colegialas, y me ruboricé cuando él me cogió galantemente la mano, me hizo una reverencia y la levantó hasta sus labios para besármela como gesto de bienvenida. Carmen y Nuria soltaron unas risitas al ver como yo me ponía colorada.

—Estoy encantada de verle, Don Rafael —le dije en lo que yo imaginaba que era la voz más adulta y sofisticada posible.



Ricardo, el padre de Isa, cazando en la Sierra de Gredos durante el verano de 1936

—Yo estoy igual de encantado de verte, pequeñina —respondió él, dejándome bastante desinflada y haciendo que Carmen y Nuria soltaran todavía más risitas.

Subimos a nuestra habitación del piso de arriba para arreglarnos para la comida. Después de lavarnos la cara rápidamente y de cambiarnos de ropa, Carmen, Nuria y yo bajamos corriendo los escalones de piedra de la escalera desde el segundo piso para reunirnos con mi padre y con los demás, que estaban ya sentados a la mesa, bebiendo vino y charlando animadamente. Nosotras respondimos con cierta timidez a

los saludos de «Buenos días» proferidos ruidosamente desde cada rincón de la sala, y fuimos a ocupar nuestros sitios en la mesa. Entre la docena aproximada de huéspedes que había, nosotras éramos las únicas niñas que estaban pasando sus vacaciones en la posada ese verano.

La comida, como era habitual en Ávila, fue un menú copioso y sustancioso. Empezamos con una fabada de alubias guisadas con jamón. Luego vino una bandeja de costillas de ternera por las cuales era bien conocida esa región de España. Recordé lo que mi padre, a quien tanto le gustaba la buena comida, solía decir: «Para el lechón, Segovia. Para el cordero, León. Pero si hablamos de ternera, ¡no hay nada como la ternera de Ávila!». Con la ternera venía una bandeja de judías verdes cocinadas con ajo y de postre, mi favorito: flan de vainilla. La conversación en la mesa giraba en torno a la situación política en Madrid y sobre si había alguna esperanza de que las cosas se calmaran o si la agitación iba a continuar. Intenté seguirla lo mejor que pude, pero no entendía todo aquello que estaban discutiendo los adultos. Aunque pude reconocer algunas de las palabras y nombres, como «Franco» o «los fascistas», y escuché la pregunta de si aquello iba a significar «una guerra civil» varias veces. Era capaz de notar que mi padre estaba preocupado sobre los temas que estaban discutiendo y después, mientras tomaban café, él y don Rafael mantuvieron una charla en susurros.

Después del gran almuerzo, todos nos fuimos a nuestras habitaciones del piso de arriba para echar una siesta. Mientras me quedaba dormida, intenté darle algún sentido a la discusión que habían estado manteniendo los adultos.

Los días luminosos y soleados que siguieron no podían haber sido más perfectos. Nosotras tres nos levantábamos temprano, desayunábamos y estábamos junto a nuestro manantial favorito a media mañana. Después de nadar en las aguas claras y frescas del estanque que formaba el manantial, paseábamos hasta el prado de al lado y nos



sentábamos a la sombra protectora de sus olmos, charlando y leyendo. A veces Nuria se traía su guitarra y yo mis castañuelas, y tocábamos algo de música. Si tocábamos flamenco, Carmen hacía su mejor imitación exagerada de una gitana, berreando las dramáticas letras de las canciones, y nosotras acabábamos aullando de la risa.

Dejábamos pasar lentamente el día, y cuando nos entraba el hambre, nos comíamos el almuerzo que nos habían preparado para llevar. El almuerzo eran siempre copiosas raciones de jamón serrano y cremoso queso de cabra, y gruesas rebanadas del delicioso pan local, horneado diariamente en la posada, «al estilo de Ávila», en un horno alimentado con aromáticas agujas de pino. Al volver a la posada por la tarde, nos desviábamos por la campiña para poder coger higos y manzanas de los huertos cercanos. Hacia el atardecer, las tres estábamos siempre junto a la puerta principal de la posada, para esperar en el patio el regreso de mi padre y de sus compañeros de cacería. Ellos enseguida llegaban paseando sin prisa, con los rifles al hombro, seguidos por sus perros. Siempre parecían cansados pero felices, y el en rostro de mi padre se dibujaba una enorme sonrisa al vernos esperándole.

—¿Qué has cazado hoy, papá? —le preguntaba yo.

—¡La cena! —respondía siempre él con una carcajada.

Los domingos, cuando las campanas de la iglesia empezaban a sonar al alba, yo me tumbaba en la cama, sin moverme, y dejaba que mis ojos siguieran la frágil luz de la nueva mañana mientras empezaba a inundar la habitación en cuanto los rayos del sol golpeaban el cristal de la ventana. Allí fuera, las bandadas de alondras y ruiseñores ya estaban volando bien alto hacia los campos despejados. Carmen, Nuria y yo, después de ir a misa en la iglesia del pueblo, corríamos de vuelta a la posada para desayunar con papá y don Rafael. El desayuno era el mismo cada día: un gran bol de humeante café con leche, acompañado de tostadas hechas con pan cortado cuando todavía estaba caliente del horno. Sobre esas tostadas, untábamos tomates

tritурados con sal y aceite de oliva y las acompañábamos con un poquito de jamón serrano y el queso manchego favorito de mi padre, que la posada siempre tenía preparado para él. Con esto, también tomábamos un pequeño bol de fruta recogida de alguno de los huertos frutales locales, normalmente higos, que yo adoraba, y que en esa época del año estaban empezando a madurar.

Después de acabar de terminarnos el desayuno, papá y don Rafael se sentaban fuera, a la sombra, y jugaban al ajedrez un par de horas. Después, todos salíamos a dar un paseo a caballo hasta el oscuro castillo que se escondía en los bosques sombríos a cierta distancia de Pedro Bernardo, en la carretera hacia Talavera de la Reina. ¡Qué divertido era para nosotras cabalgar con ellos, con los caballos juntos, siguiendo un estrecho sendero a través del valle y subiendo gradualmente hacia la distante colina! En cuanto salíamos de los bosques, veíamos las escarpadas torres del castillo recortadas contra el cielo.

Después venía una tarde relajada, explorando los alrededores, imaginando que podíamos escuchar cómo el Cid venía cabalgando hacia nosotros, tal vez acompañado por su leal caballero Pedro Bernardo. Ansiosas por buscar tesoros escondidos entre las piedras cubiertas de musgo, nos sentábamos en la hierba a la orilla de un riachuelo, bordeado de olmos y algarrobos que nos proporcionaban una fresca y agradable sombra. Nuestra comida había sido preparada para llevar por la esposa del posadero, doña María, y era maravillosa. Había un pan redondo entero, jamón y queso, olivas, pimientos asados y mi favorita: una gran tortilla de patatas hecha esa misma mañana. Rafael llenaba de vino su vaso y el de mi padre y echaba unas gotas en mi vaso, el de Carmen y el de Nuria, y todos brindábamos, haciendo chocar los vasos y diciendo «¡Salud!». Luego los cinco nos comíamos con un sano apetito todo lo que doña María había puesto en la cesta. Cuando la primera estrella que marcaba el crepúsculo aparecía en el cielo, empezábamos a hacer el camino de vuelta hasta Pedro Bernardo,

mecidos suavemente por nuestros caballos. Por encima de nosotros, el cielo estaba completamente despejado y salpicado de brillantes estrellas, y las frescas brisas de la noche llenaban nuestros pulmones con el intenso aroma de los eucaliptos.

El pequeño y bien cuidado jardín de detrás de la posada, cerca del huerto, era mi sitio favorito para leer y estudiar. Solía ir allí al final de la tarde, en cuanto el calor del día empezaba a desvanecerse. A veces, me quedaba ahí mucho tiempo leyendo, estudiando y soñando despierta. Antes de volver a entrar en la posada, ayudaba a la señora mayor que hacía casi todo el trabajo en la posada a coger las flores que ella pondría más tarde en las mesas del comedor y en nuestras habitaciones.

Una tarde en particular, al entrar en la posada, noté inmediatamente que algo fuera de lo normal había pasado en mi ausencia. La radio estaba encendida, y todos los huéspedes, mi padre y don Rafael incluidos, estaban sentados a su alrededor y completamente enfrascados en escuchar las noticias que retransmitía Radio Madrid. El alcalde de Pedro Bernardo, don Felipe, también estaba allí, igual que Santiago, el joven maestro al que hacía poco habían enviado de la capital, los dos curas locales, y un montón de otras personas. El locutor hablaba con una voz nerviosa y estridente, mientras explicaba la inquietante serie de acontecimientos acaecidos en las últimas veinticuatro horas. El general Franco había iniciado un levantamiento militar con el objetivo de derrocar el gobierno de la República española y reemplazarlo por una dictadura militar fascista. Finalmente se estaba produciendo esa tan temida revuelta de la derecha. El ejército del cuartel militar español en Marruecos se había trasladado por aire a Málaga para encabezar el ataque. De esta manera, en ese fatídico día de verano, empezó una de las luchas más crueles de la historia de la humanidad, la guerra civil española. Era una guerra que iba a enfrentar pueblos contra pueblos, familias contra familias, y hasta hermanos contra hermanos.

La fecha era el 17 de julio de 1936.

Las fuerzas rebeldes del General Franco, los nacionales, como ellos se llamaban a sí mismos, habían invadido España aquella mañana, llegando desde Marruecos. Aterrizaron en el sur del país y subieron arrasando hacia el norte, igual que hicieron los musulmanes siglos atrás. La guerra civil española había comenzado, enfrentando a los insurgentes contra los leales al gobierno de la República. Los nacionales atravesaron las llanuras del sur rápidamente, hacia Castilla y Madrid. Casi todos los generales y un puñado de oficiales de las Fuerzas Armadas se pusieron del lado de Franco, llevando consigo el grueso del Ejército de Tierra y de la Marina española, así que, en cuestión de días, había unidades del ejército español leales a los nacionales esparcidas por toda España. La República, para poder sobrevivir, pronto no tuvo más opción que improvisar su propio ejército republicano. Considerando los obstáculos insalvables a los que se enfrentaba, la República hizo un trabajo extraordinario.

Los nacionales fueron ganando con las primeras victorias importantes y enseguida controlaron casi todo el sur de la provincia de Málaga, a excepción de la capital en sí. Esa ciudad pagaría después un precio terrible cuando las fuerzas de Franco la bombardearan sin piedad como represalia por su resistencia. Los republicanos estaban luchando todo lo posible para defender al gobierno contra los rebeldes, y las líneas del frente quedaron delimitadas. Ambos bandos estaban ahora preparándose para enfrentarse cara a cara en las llanuras de Castilla.

Solo unos días después, la mayoría de las carreteras que entraban y salían de Madrid ya estaban bloqueadas o cerradas, y los pasos hacia Talavera y Toledo eran utilizados y disputados tanto por las fuerzas republicanas como por las nacionales. Ambos bandos estaban tratando de conseguir el control sobre las ciudades cercanas y los combates se sucedían por doquier. Así que, al menos por el momento, no teníamos

otra elección que quedarnos en este pueblo remoto y aislado. La línea telefónica de la oficina del alcalde había sido nuestra única conexión con el mundo exterior, y ya no funcionaba. Según iban pasando los días, las noticias diarias de Radio Madrid se hicieron más y más importantes para nosotros, convirtiéndose en el momento central de nuestros días. Pronto averiguamos que los nacionales estaban saliendo victoriosos en la mayoría de las provincias del sur de Andalucía.

Una mañana, por alguna razón, yo había decidido saltarme nuestra habitual excursión matutina para ir a nadar. Carmen y Nuria salieron igual que siempre y yo decidí quedarme más cerca de la posada para poder pasar unas horas tranquila, leyendo. Aquel día, cuando crucé el patio y entré en el jardín con mi libro, el sol pegaba más fuerte de lo habitual para esa hora temprana. El aire era tan limpio y el cielo tan claro que las lejanas colinas y las cimas rocosas de la sierra parecían estar a un corto paseo de distancia. Las abejas zumbaban frenéticas entre los rosales y las lagartijas, con sus cabecitas levantadas hacia el sol abrasador, se tumbaban inmóviles en la veranda. Yo encontré un sitio cómodo a la sombra y me senté a leer.

Mi lectura se vio interrumpida por la visión de dos mulas que se acercaron a la verja de hierro y empezaron a mordisquear las margaritas y caléndulas que crecían a su lado. Empecé a dirigirme hacia las mulas, para ver si podía llevarlas a la sombra y darles un poco de agua. Pero se me cortó el aliento, horrorizada, cuando al ir a acercarme a ellas, vi los cadáveres de dos hombres cruzando sobre los lomos de los animales, con las piernas y los brazos colgando a ambos lados. Allí donde las mulas se habían detenido, el camino polvoriento de debajo se estaba empezando a teñir rápidamente de color escarlata por la sangre que goteaba de los cuerpos. Atado a la espalda de cada hombre había un cartel con las palabras «Traidor a España» burdamente escritas.

Yo nunca había visto a ningún muerto, y me puse a gritar. Al oírme gritar, Don Benito, el posadero, vino corriendo, seguido de cerca por dos hombres más. Una vez llegaron a la verja, se acercaron a los animales y, sin mediar palabra, empezaron asegurar los cuerpos sin vida a los lomos de las mulas con pedazos de cuerda. Observé cómo conducían a los animales hacia el centro de la villa y cómo desaparecían unos minutos después detrás de la pequeña casa cerca de la iglesia donde estaba estacionada la Guardia Civil. Más tarde, ese mismo día por la noche, supimos que a esos dos hombres, tras matarlos a tiros, los habían sido colocados a lomos de aquellas mulas con esos carteles para que recorrieran sin rumbo los campos, llevando así el aviso a otros supuestos «traidores».

—¿Por qué han hecho esto? —le pregunté a mi padre.

Él contestó:

—Esos hombres se negaron a jurar lealtad a Franco y los nacionales. Fueron asesinados y sus cuerpos dejados así para asustar a otros y que tengan miedo de rebelarse.

Esa fue la primera vez que yo veía la muerte y también que empezaba a entender que esos acontecimientos que todo el mundo escuchaba en la radio no eran solamente palabras.

Mientras eso sucedía, en Pedro Bernardo, los días, y sobre todo las noches, nunca volverían a ser como antes para nosotras. Nuestras vidas despreocupadas se habían visto considerablemente restringidas. Todavía podíamos ir al manantial y nos dejaban montar a caballo por los caminos del prado más cercano, pero teníamos que estar de vuelta en la posada en cuanto los primeros rayos de sol comenzaban a desvanecerse por el horizonte, hacia el oeste. Papá no quería bajo ningún concepto que nosotras estuviéramos fuera al anochecer.

Una mañana, el alcalde del pueblo y un puñado de hombres más fueron fusilados al amanecer. Cuando la inesperada noticia de sus muertes llegó a la posada, un terrible y súbito presagio pareció arro-

jar una lúgubre y fea sombra sobre todos los presentes. Estaba claro que ahora la vida de Don Rafael corría peligro. Su supervivencia se vio seriamente amenazada cuando los hombres de las localidades vecinas empezaron a presentarse cada vez más a menudo, exigiendo que los llevaran a ver al «cabrón ese del aristócrata». Al final, mi padre, a pesar de la extrema renuencia de Don Rafael al respecto, le convenció de que debía esconderse en una de las bodegas subterráneas de la posada. Mi padre le dijo que se quedara allí escondido hasta que llegara el momento en que fuese factible organizar su huida a un sitio seguro. Nos hicieron jurar a Carmen, a Nuria y a mí que guardaríamos el secreto, y cada una de nosotras prometió solemnemente que de ahora en adelante, haríamos turnos para llevarle la comida a la bodega y que no diríamos ni una palabra a nadie sobre dónde estaba. De las tres, por supuesto, yo fui la que me tomé esta responsabilidad más a pecho, ya que seguía sintiendo un enamoramiento de colegiala hacia él. Lo había sentido desde la primera vez que lo vi, cuando era una niña y él vino a visitar a mis padres a nuestra casa de Madrid. Nunca fue demasiado cariñoso hacia ninguna de nosotras, las niñas. Todo lo contrario: siempre le rodeaba un cierto aire de arrogancia que hasta yo encontraba molesto a veces. Pero ahora me daba lástima ver cómo empezaba a adquirir un aspecto cada vez más pálido y demacrado a causa de su confinamiento en el oscuro y húmedo sótano.

Carmen y Nuria pronto empezaron a encontrar excusas para evitar visitarle en el sótano. Al poco tiempo, yo me quedé como responsable única de cuidarle y atenderle. Durante mis paseos diarios por el campo, recogía frutas y bayas que le llevaba más tarde, por la noche, junto con dulces y trozos de pastel que cogía de la mesa de la cena. Cuando yo bajaba al sótano, una tenue sonrisa se dibujaba en sus labios al saludarme, y yo iba a sentarme a su lado, haciéndole compañía hasta que él se acababa la comida. Fue durante una de esas

visitas cuando él me regaló su anillo, que ahora le quedaba demasiado grande para poder llevar. Tenía su blasón familiar grabado y él me ayudó a ponérmelo en la pequeña cadenita de oro que yo siempre llevaba al cuello.

Después de un angustioso debate cargado de lágrimas, Don Benito y mi padre acordaron por fin que había que matar a los dos preciosos perros de Don Rafael. Se estaban poniendo cada vez más inquietos, ladrando sin parar a la puerta del sótano donde sabían que su amo se escondía. Carmen y yo acompañamos a mi padre cuando él fue a informar sobre esta decisión a su amigo. Mientras Don Rafael escuchaba en silencio las palabras de mi padre, ni un solo músculo pareció moverse en su rostro delgado y hermoso. Su expresión permaneció imperturbable. Solo sus manos traicionaron sus emociones, ya que empezaron a temblarle, descontroladas. Mis ojos se llenaron de lágrimas al mirarle. Al darse cuenta de que le observaba, se dio la vuelta y ocultó su rostro en las manos. Yo me quedé allí parada, queriendo decir algo pero sin saber qué.

Papá nos cogió a Carmen y a mí de la mano y nos llevó escaleras arriba, fuera del sótano. Nos guio hasta un pequeño banco en el patio de detrás de la posada y nos pidió que esperásemos ahí y que no nos moviésemos hasta que volviera a buscarnos. Yo estallé en un llanto incontrolable al verle entrar en la posada y reunirse con Don Benito. A través de una ventana, los pude ver a los dos saliendo por la puerta principal y rodeando el edificio por un lado. Todavía seguía llorando cuando escuché los dos disparos.

Una mañana, al llegar a nuestro manantial, nos vimos sorprendidas de encontrar el lugar abarrotado de gente. Un grupo de estudiantes universitarios de la cercana Salamanca estaba celebrando allí un picnic. Nos pareció increíble que mientras el país estaba sumiéndose en una guerra civil, ellos hubiesen encontrado tiempo para viajar y hacer un picnic en el campo, pero ahí estaban. Según nos aproximá-



bamos al estanque, podíamos escuchar sus risas y sus voces. Algunos estaban nadando y otros tocaban la guitarra y cantaban a todo pulmón. Vimos sus coches aparcados a la sombra de un árbol junto a la carretera. Disgustadas ante la idea de que unos extraños hubiesen invadido lo que considerábamos nuestros dominios privados, nos dimos la vuelta para volver a la posada. El viejo profesor a cargo de los estudiantes nos siguió y nos invitó a que nos uniéramos al grupo y comiéramos con ellos. Enseguida nos encontramos compartiendo su comida y uniéndonos alegremente a sus canciones. Nos quedamos con ellos hasta la puesta de sol y luego emprendimos rápidamente el regreso hacia la posada, inquietas por regresar antes de oscurecer, tal como debíamos. Dos de los chicos más mayores se ofrecieron galantemente como voluntarios para escoltarnos hasta el pueblo. Mientras caminábamos juntos, se enroscaron cuidadosamente sus toallas blancas y sus bañadores alrededor de la cabeza, para poder tener las manos libres y ayudarnos a recoger las bayas que crecían al borde del camino. Este acto tan trivial casi les cuesta la vida.

Cuando entramos en Pedro Bernardo, todavía había unas cuantas mujeres afanándose en lavar ropa en la fuente pública. Al ver a los chicos, empezaron a gritar histéricas, con unos chillidos y gritos que rompieron la paz de la tarde, mientras señalaban a los chicos con el dedo, presas de puro terror.

«¡Moros!», gritaban. «¡Que vienen los moros!».

Con las cabezas cubiertas por lo que parecían ser unos turbantes blancos, las mujeres habían tomado a los muchachos por «Moros», los musulmanes del norte de África que habían ocupado España durante muchos siglos antes de ser expulsados durante la Reconquista. Carmen, Nuria y yo no pudimos hacer más que quedarnos mirando a las mujeres, perplejas. Las mujeres se habían arrodillado en el suelo y parecían estar rogando fervientemente a los cielos. Los chicos tampoco supieron qué hacer y simplemente se quedaron ahí, atónitos.

En seguida nos rodeó un grupo de hombres que pareció haber salido de la nada. Algunos llevaban rifles y otros se sacaban navajas del bolsillo y amenazaban con ellas a los asombrados y ahora aterro-  
zados estudiantes. Después de unos tensos segundos, nos dimos cuenta de lo que pasaba y empezamos a reírnos, nerviosas. Al final, los chicos se quitaron las toallas de la cabeza y uno de ellos empezó a cantar en voz alta una vieja canción española que todos nos sabíamos de memoria. Poco a poco, todo el grupo, incluyéndonos a nosotras, las chicas, nos unimos a él en su canto, y al tiempo que las voces se alzaban y se volvían más fuertes, la tensión disminuyó y el miedo desapareció como por arte de magia.

No pasó demasiado tiempo hasta que, envueltos en un clamor de voces jubilosas y muchos apretones de manos y abrazos, se llevaron a los chicos en dirección de la vieja taberna. Nosotras tres continuamos nuestro camino de vuelta a la posada, todavía algo temblorosas por esa experiencia. Las voces de los hombres cantando y riendo que surgían de la taberna se podían escuchar a kilómetros a la redonda.

Cuando le contamos a nuestro padre lo que nos parecía ser un incidente cómico, él no lo encontró ni pizca de divertido.

—Pero papá —le dije yo—, al final tuvo gracia. Cuando los chicos se quitaron las toallas de la cabeza y se pusieron a cantar en español, todos se dieron cuenta de que no eran moros. ¿Y cómo podría haber moros en España, en 1936, de todas formas? Esos pueblerinos solo estaban siendo unos tontos.

Mi padre se quedó callado un rato, buscando las palabras para explicarnos las cosas. Nos miró a las tres con el rostro muy serio, mientras chupaba su pipa.

—Sí, tienes razón, al final fue gracioso —nos dijo—. Pero también podría haber acabado con bien poca gracia. Todos están preocupados por lo que podría pasar. Don Rafael está escondido porque no podemos predecir cómo se comportará la gente con él, simplemente por

ser él quién es. El alcalde del pueblo ha sido fusilado por no tener las afinidades políticas correctas, sean esas las que sean. Y esos pueblerinos no son tan tontos. El General Franco tiene brigadas de soldados marroquíes bajo su mando, allá en Marruecos. Si las trae a España, las soltará en pueblos como este.

—¿Pero por qué? ¿Por qué traer a los moros de vuelta a España?

—Ya habéis visto lo aterrorizados que estaban los del pueblo ante la mera idea de que venían los moros. Es por eso. Franco querrá asustar a cualquiera que se le oponga. Esa es la forma en que los fascistas obtienen el poder y lo conservan. Mediante el miedo.

Desde aquel día, nos prohibieron volver al manantial.

Esos dos hombres cuyos cuerpos vi atados a las mulas fueron las primeras víctimas de la Guerra Civil en el pueblo de Pedro Bernardo. Suponían un mero botón de muestra entre el millón aproximado que morirían por toda España durante la Guerra Civil, sin mencionar las incontables vidas destrozadas y las familias desarraigadas durante ese conflicto bélico. La violencia continuó escalando por todo el país, alimentando las represalias que a su vez avivaban la violencia. Ambos bandos cometieron espantosas atrocidades. Algunos elementos del bando republicano, llenos de odio y frustración, arremetieron contra la Iglesia Católica, que creían que les había traicionado al ponerse abiertamente del lado del Franco, y asesinaron a monjas, curas y cualquier otro que creyeran simpatizante de Franco. Los terratenientes y los miembros de la clase aristocrática, o aquellos a quienes se percibía como miembros de dicha clase, fueron también sus blancos. Por su parte, los nacionales, según iban avanzando, reunían a todos los que ellos creían que habían apoyado a la República o que no habían demostrado su lealtad hacia los nacionales con el suficiente fervor, les ponían contra una pared y les fusilaban allí mismo sin piedad. No era infrecuente que los nacionales torturasen y humillasen a sus víctimas públicamente antes de ejecutarlos.

Como los habitantes de Pedro Bernardo se habían temido, y como mi padre había predicho, los moros regresaron de hecho a España durante ese aciago verano. Franco trajo contingentes de sus tropas desde Marruecos para luchar al lado de sus batallones, sabiendo que la presencia de esos mercenarios norteafricanos aterrorizaría a los campesinos españoles. Un gran sector de la población se sintió inmediatamente aterrorizado, y por buenos motivos, ya que por todo el país empezaron a propagarse historias sobre cómo esos soldados extranjeros saqueaban los pueblos, violaban a las mujeres y asesinaban a sus habitantes indiscriminadamente. Las tropas marroquíes estaban en general agregadas a las unidades de la Legión Extranjera, unos fanáticos partidarios de Franco que eran conocidos por su crueldad y falta de escrúpulos y que se enorgullecían de su sobrenombre de «Los novios de la muerte» y de su grito de guerra: «¡Viva la muerte!». El empleo que Franco hacía de los marroquíes solo era otra estratagema cínica diseñada para infundir el miedo entre la gente. Su presencia hacía rebrotar el arraigado temor que los españoles del mundo rural seguían sintiendo hacia los antiguos ocupantes de la península.